**El sueño de la liebre. El cine de Luis Buñuel y Gabriel Figueroa**

*El cine parece una imitación involuntaria del sueño. La noche que invade poco a poco la sala cinematográfica equivale a la acción de cerrar los ojos. Es entonces cuando empieza, sobre la pantalla y en el fondo del hombre, la incursión en el inconsciente: […] el tiempo y el espacio se hacen flexibles, se estrechan o ensanchan a voluntad, y el orden cronológico ya no corresponde a la realidad.*

Luis Buñuel

La gente juiciosa del campo solía decir que las liebres no duermen, dormitan; su noche transcurre entre el sueño y la vigilia, en esa esfera que le es tan propia a la obra de Luis Buñuel, máxima figura del surrealismo cinematográfico. Aragonés, nacido en Calanda en 1900 y nacionalizado mexicano en 1949, Luis Buñuel Portolés resurgió como director en su nueva patria tras más de una década retirado de los foros de cine. En México dirigió veinte de sus treinta y dos películas y el cinefotógrafo Gabriel Figueroa (1907-1997) —uno de los grandes maestros del siglo xx— fue su cómplice en siete de estos filmes extraños y provocadores:

***Los olvidados*** (1950), la película que llevó a la gran pantalla, dotada de un aliento poético perturbador, la vida de los jóvenes en los cinturones de miseria en la Ciudad de México; ***Él*** (1952), retrato de un paranoico con pinceladas autobiográficas; ***Nazarín*** (1958), adaptación de la novela de Benito Pérez Galdós sobre las desventuras de un clérigo que intenta seguir los Evangelios al pie de la letra; ***La fièvre monte à El Pao / Los ambiciosos*** (1959), coproducción franco- mexicana sobre un joven idealista que se acobarda, no ante el poder de una dictadura, sino ante la potestad de una bella mujer; ***The Young One / La joven*** (1960), denuncia a la segregación racial en el sur de los Estados Unidos; ***El ángel exterminador*** (1962), crónica del desmoronamiento de la moral burguesa, y ***Simón del desierto*** (1964), película inconclusa sobre un asceta que predica en lo alto de una columna y que es tentado por un demonio con forma de mujer.

A primera vista, nada tenían en común el mago de los filtros que construyó un México idealizado sobre las pantallas de cine y el director de estirpe surrealista que desconfiaba de la belleza prefabricada. Nada, salvo la aversión compartida por el régimen golpista y conservador de Francisco Franco.

Fue durante el rodaje de *Nazarín* cuando escandalicé a Gabriel Figueroa, que me había preparado un encuadre estéticamente irreprochable, con el [volcán] Popocatépetl al fondo y las inevitables nubes blancas —escribió Buñuel en *Mi último suspiro*—, lo que hice fue, simplemente, dar media vuelta a la cámara para encuadrar un paisaje trivial, pero que me parecía más verdadero, más próximo. Nunca me ha gustado la belleza cinematográfica prefabricada, que, con frecuencia, hace olvidar lo que la película quiere contar y que, personalmente, no me conmueve.

Sin embargo, la confrontación de ideas entre estos dos creadores derivó en la materialización de algunas de las imágenes más perturbadoras del cine en el siglo xx. Con ***El sueño de la liebre. El cine de Luis Buñuel y Gabriel Figueroa***, Fundación Televisa y la Filmoteca de Catalunya invitan a adentrarse en ese universo de obsesiones (estéticas, narrativas, políticas, religiosas, sexuales…) que oscilan entre el sueño y la vigilia, que lo mismo se proyectan en la gran pantalla que en el infinito espacio de nuestras pupilas.

Héctor Orozco

Comisario de la exposición